

De esta suerte terminó el movimiento insurreccional de Urrea, verdadera farsa que en otro país cualquiera en donde no se hubieran oscurecido por completo todas las nociones de la dignidad, hubiera cubierto de ridículo á las dos partes contendientes; pero lo mas sensible de todo es, que la parte mas sensata y pacífica de la poblacion fué la principal víctima de estas fechorías, que apenas podemos comprender en Europa.

A pesar de todo, el poder, en la sublevacion que acabamos de describir, perdió gran parte de su prestigio y el principal apoyo con que contaba. Bustamante conoció bien pronto que su estrella palidecia, y con la esperanza sin duda de prolongar su dominacion por medio del terror, desplegó mayor lujo de represion é intolerancia.

Los distintos partidos que se disputaban encarnizadamente el poder en aquel desdichado país, tenían distintos nombres, alimentaban, al parecer, diversas aspiraciones, manifestaban á veces opuestas tendencias é inclinaciones; pero tan pronto como se elevaban al poder, despreciaban las promesas de que llenaban sus pomposos programas, y perpetuaban en el gobierno las tropelías y desafueros, las depredaciones de todo género, la inmoralidad y la corrupcion.

Un año despues de la sublevacion de Urrea debia terminar la dictadura de Bustamante.

El militarismo ha sido en México el mismo que en la mayor parte de las repúblicas de América del Sur, uno de los principales obstáculos que se oponen á la organizacion sólida y estable de un gobierno firme y progresivo, y tan pronto como se establece el precedente de que un general puede aparecer al frente de un pueblo de soldados, busca aspirar al mando superior, y en consecuencia se crean y todos se creyeron con títulos semejantes para manejar el país.

VII.

Santana, dictador.

En un territorio estenso y poco poblado, donde la opinion pública esta muy lejos de ser ilustrada y de formar, como en los pueblos civilizados, la base mas poderosa de los gobiernos, las ambiciones

Ninguno de los gobiernos que regian los destinos de la república mejicana terminaron legalmente su carrera, sino que por el contrario, todos habian caido á impulso de las insurrecciones. Aun no hacia un año, que terminara el repugnante espectáculo que habian presenciado las calles de la capital, con motivo de la insurreccion de Urrea, cuando el general Paredes levantó el estandarte de la rebelion en Guadalupe, una de las principales poblaciones de la república, despues de la ciudad de los Motezumas.

Todos estos pronunciamientos, mas bien que por la opinion pública y el general descontento, eran tan solo motivados por las ambiciones personales de los caudillos militares, que veian al poder entregado en manos del militarismo, que subia per-

pétuamente á él, sirviéndole de escala la sublevación. El militarismo ha sido en Méjico, lo mismo que en la mayor parte de las repúblicas de la América del Sur, uno de los principales obstáculos que se opusieron á la organizacion sólida y estable de un gobierno firme y progresivo, y tan pronto como se estableció el precedente, de que un general cualquiera, al frente de un puñado de soldados, podia aspirar al mando supremo, la ambicion no reconoció limites, y todos se creyeron con títulos suficientes para tiranizar el país.

En un territorio estenso y poco poblado, donde la opinion pública está muy lejos de ser ilustrada y de formar, como en los pueblos civilizados, la palanca mas poderosa de los gobiernos, las sublevaciones militares son muy frecuentes, y se ven con deplorable frecuencia, coronadas por el éxito mas lisonjero.

De esta suerte, el poder vá pasando de mano en mano, sin experimentar en su aplicacion mejora alguna; las sublevaciones, en vez de ser las protestas enérgicas de una opinion pública, ilustrada y ávida de reformas, es tan solo la espresion de la fuerza bruta.

Las verdaderas necesidades y aspiraciones de un pueblo, jamás se manifiestan por medio de mezquinos motines, sino de radicales revoluciones, que llevan en sí mismas los gérmenes de los futuros progresos; pero ¿qué puede esperarse de las sublevaciones militares, que encierran en sí mismas un

principio de corrupcion, que son solo producto de la fuerza bruta, que no reconocen idea alguna que las guíe, que no obedecen á principio legítimo alguno, y que solo reconocen su origen, en su bastardo sentimiento de ambicion personal?

En Méjico, el poder habia permanecido siempre en manos de los generales, que habian perpetuado todos los abusos, sancionado todas las injusticias, cometido toda clase de tropelias y arbitrariedades, y lo mismo Iturbide, que Victoria, que Santana, que Bustamante, que Guerrero, no hicieron mas que precipitar cada vez mas á la nacion al fondo de un precipicio, del cual tardará todavía mucho tiempo en salir.

Un territorio tan pródigamente dotado, que si poseyera un gobierno tranquilo é ilustrado, habria atraído la mayor parte de la emigracion europea, cuya laboriosidad desenvolveria indudablemente abundantes fuentes de riqueza, que hubieran fecundado en poco tiempo la prosperidad del país, yacía postrado, por el contrario, en el mas deplorable estado, sin industria, sin comercio, sin agricultura, luchando con una poderosa confederacion, que habia demostrado en muy pocos años á la asombrada Europa, hasta dónde puede elevarse el hombre por medio de la laboriosidad y la inteligencia, dirigidas hácia un fin útil y legítimo.

Sin embargo, ya hemos visto que toda la actividad, que toda la inteligencia del pueblo mejicano se desarrollaba únicamente para la sublevacion, para

las revueltas intestinas. A Urrea habia seguido Paredes, y esta vez habia sonado la última hora del poder de Bustamante, que no tardó en caer en medio del general descrédito y animadversion.

Por un momento se creyó que el pueblo, aleccionado con sus repetidas desgracias, trataría de poner coto á tantos abusos; entonces se oyó el grito de reforma y moralidad, y se convocó además un congreso extraordinario, que debia dirigir sus cuidados á arreglar los futuros destinos de la república.

Santana, cuya desmesurada ambicion no reparaba en los cambios políticos, siempre que condujesen á la consecucion del supremo poder, se adhirió al movimiento iniciado de reforma, y aunque su vida política estaba muy lejos de aparecer sin mancha alguna, fué uno de los que con mas energía proclamaron los principios de moralidad.

Bustamante pudo sostenerse todavía por espacio de cinco semanas, en cuyo tiempo las calles de la capital presentaron el mas extraño aspecto, como si se hubiese perdido toda nocion de orden, de dignidad y de conveniencia pública; pero aquel estado de anarquía y desorden, no podia ser duradero, y Bustamante, viéndose abandonado hasta por sus propios partidarios, dejó la ciudad, y con ella el poder, que habia sido infecundo para dotar al país de una administracion regular y estable.

Otra vez volvian á renacer las distintas ambiciones de los partidos, otra vez se abria la puerta á las imposiciones del militarismo; el pueblo mejicano

no necesitaba un gobierno, sino un señor. ¿Quién podria presentarse con mas títulos que el general Santana, cuyas derrotas de Tejas habian sido olvidadas en medio de los supuestos y decantados triunfos de Veracruz, cuya popularidad se habia restaurado por el retiro? A consecuencia de estas circunstancias, Santana fué elegido gefe provisional de la nacion, y las cámaras abolieron la Constitucion de 1836.

Santana estaba muy próximo á la dictadura. La asamblea nacional no podia resistir á la influencia de este ambicioso, que en un país de medianías habia llegado á hacerse necesario, y las bases orgánicas de la nueva Constitucion le hicieron omnipotente; pues el artículo 7.º del nuevo proyecto, le conferia tácitamente la dictadura.

El pueblo, cansado de revueltas intestinas, que empeoraban cada vez mas su estado y empobrecian el país, deseaba la constitucion de un gobierno fuerte, que pusiese su poderoso dique al desarrollo de las ambiciones tumultuarias de tantos generales que aspiraban al mando, que emplease su omnipotencia en hacer el bien, que pusiese orden en las rentas, cortando los abusos y depredaciones de la administracion, que reformase los tribunales, que reprimiese los atentados dictatoriales de los funcionarios públicos, y finalmente, que justificase con una energía ilustrada, la confianza sin limites que se le concedia. El nombre de Santana estaba en todos los labios, esperábase de él la salvacion de la patria,

pero bien pronto el pueblo debía aprender, á costa de una dolorosa esperiencia, que el hombre que escogia para regir los destinos de la nacion, era muy inferior á la grandeza de la obra que se le encomendaba.

Con efecto, pedir esto á Santana, era exigir demasiado. Bien pronto se convencieron todos de que habian sido defraudadas sus esperanzas. Sin inaugurar en la política una marcha nueva, sin invocar ningun principio salvador y fecundo, si alguna vez tuvo deseos de poner coto al mal y cortar de raiz el cáncer roedor que arruinaba á la república, estos deseos no fueron mas que momentáneos, sin que jamás mostrase ni el valor ni la constancia para realizarlos.

Jamás se decidió á proceder enérgicamente contra los funcionarios que en la administracion pública habian dado repetidas muestras de falta de integridad, por el temor de crearse enemigos que pudiesen hacer vacilar su dictadura, y en vez de cortar los abusos, no hizo mas que desarrollarlos en mayor escala, aceptando con frecuencia ricos presentes, cuyo valor denunciaba con entera claridad el modo ilegítimo con que se manejaban los caudales públicos; entregó las rentas del Estado á los agiotistas, llegando de esta suerte á su colmo la corrupcion y el escándalo.

El ilimitado poder que le habia conferido la revolucion, la absoluta confianza que él habia depositado en la mayor parte de sus servidores,

la mayoría con que contaba en el Parlamento, solo sirvieron para desarrollar los abusos en mas grande escala, y concitar de esta suerte en contra suya la pública opinion, que tan favorable se le habia presentado en un principio.

Bien pronto comenzaron á aparecer los síntomas de un profundo descontento general. Cuanto mas grande habia sido la confianza, era mayor el retraimiento, y esto en un pueblo acostumbrado á las revueltas intestinas, debía traducirse bien pronto en insurreccion armada.

Cuando la opinion pública estaba en todo el país escitada profundamente en contra del dictador, el general Paredes se sublevó con las tropas de su mando en contra del poder central. Poco debia importarle á Santana esta sublevacion, contando, como contaba, con recursos militares, muy superiores á los que los insurrectos poseian; pero este movimiento no era exclusivamente militar, los ánimos estaban profundamente agitados, y claramente se conocia que el país no esperaba mas que el momento oportuno, para manifestarse en abierta oposicion.

Santana reunió, sin embargo, mas de quince mil hombres de las tropas mas aguerridas de la república, y con este ejército, respetable por mas de un concepto en aquellos países, salió de la capital, dirigiéndose contra los insurgentes.

Apenas habia abandonado Santana la capital de la república, cuando esta se declaró en abierta in-